

021 NSC (352)

EB.



LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 352

25 cts.



EL
RECUERDO
DE AZUCENA

POR
Margaret Morris
y
Raymond Keane

FilmoTeca
de Catalunya

**LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA**

EDICIONES BISTAGNE

Redacción { PASAJE DE LA PAZ, 10 bis

Administración { Teléfono 4425 A

Año VII

BARCELONA

N.º 352

EL RECUERDO DE AZUCENA

Producción sentimental

interpretada por

Margaret Morris y Raymond Keane

EXCLUSIVAS

L. GAUMONT

PASEO DE GRACIA, 66

BARCELONA

Con esta novela se regala la fotografía de HARRY HALM



EL RECUERDO DE AZUCENA

Argumento de la película

Una vez más, la ley de los hombres, basándose en una incompatibilidad de caracteres, cortaba el lazo sagrado del matrimonio.

Los desavenidos esposos eran Fernanda y Javier Minton.

Para Fernanda, el divorcio representaba el sacudirse de los hombros, como una carga pesada, la responsabilidad de un hogar, de unos hijos...

Para Javier, era un alivio, ya que el lazo nupcial no fué nunca guirnalda de flores, sino cadena de hierro.

En los bancos del público se hallaban dos niños que contemplaban, sin comprenderla, la escena de la separación de la incompatible pareja. Eran Azucena y Fernandito, los dos

hijos de Fernanda y Javier y las víctimas de su desamor.

Azucena era monísima, y Fernandito, un hombrecito muy simpático y listo.

¿Por qué estaban allí sus padres, mirándose con aire de pocos amigos?

¡Bah! Otras veces les habían oído disputar...

Concedido el divorcio, los padres se marcharon cada cual por su lado.

Azucena quedó bajo la custodia de Fernanda, y Javier fué llevado a casa de su abuelo.

Respirando el aire libre de la independencia, Fernanda se detuvo unos momentos a reflexionar... Tenía ante sí dos caminos: uno, el cuidado de su hija; otro, las tentaciones de la frivolidad, viajes, placeres, balnearios de moda; y no vaciló en elegir en el acto el segundo camino.

Mandó preparar sus maletas y se dispuso a partir, olvidándose, en su precipitación, de su hijita.

Azucena acababa de levantarse y una doncella trataba de llevarla al baño, el cual acababa de prepararle, pero la niña, presintiendo la partida de su madre, insistía en verla; y, al oírla, Fernanda se le acercó, besóla, con bastante menos amor que el que la

nena quería, y le dijo, con marcada frialdad:

—Yo tengo que marcharme, hijita... Espero que serás buena y no darás mucho que hacer a los sirvientes.

Tras esto, sin otra ilusión que su libertad, abandonó su hogar, mientras Azucena bañaba sus lindos ojos en gruesas lágrimas que le salían del alma.

Y si infeliz era Azucena, no lo era menos Fernandito, pues éste encontraba también, en casa de su abuelo, rodeado de criados la misma soledad, la misma frialdad que su hermana.

En los días señalados por la ley, los niños se reunían unos momentos; pero, como a sus padres, una muralla glacial los separaba.

Aquel día, Azucena fué a ver a su hermano, acompañada a casa del abuelo, en el automóvil de paseo de mamá, por Pedro, el simpático chofer.

Como siempre, Fernandito recibió desdeñosamente a su hermana, y, aquel día, acaso más huraño que otras veces; por lo que Azucena, sorprendida y dolorida, le dijo:

—Fernandito, si no me dices siquiera buenos días, lloraré...

A lo que repuso, encogiéndose de hombros, el hermanito:

—¡Llora, si quieres!... ¡Te creerás que a mí me importa algo!

Conciliadora, Azucena sentóse al lado de Fernandito y añadió:

—No seas malo, Fernandito... Bien sabes que no nos tenemos más que el uno al otro...

Peño el mocito, endurecido el corazón por el ejemplo de sus mayores, gruñó odiosamente:

—¡Yo no tengo nada que ver contigo!... ¡Bien claro dijo el Tribunal que tú debías quedarte en tu casa y yo en la mía!

Herida por la incomprensible actitud de su hermano, Azucena, asustada, salió corriendo de la casa, y al llegar junto al automóvil, dijo a Pedro, suplicante:

—Yo no quiero ir aún a casa, Pedro... Llévame a un sitio donde haya flores y árboles...

Pedro, que era muy cariñoso y quería mucho a la niña, aceptó llevarla a paseo, y detuvo el coche en un paraje delicioso. En efecto, a ambos lados del camino extendíanse bellos jardines de una exuberancia de flores tal, que Azucena quedó maravillada, deleitándose en la contemplación de aquellos milagros de la naturaleza que hacían sonreír a su alma.

Pedro, a quien el paisaje interesaba menos que dejarse vencer un ratito por el sueño que le causaba el estar inactivo, arrellanóse en su asiento y cerró sus párpados.

Azucena, advirtiendo el adormecimiento de Pedro, se dejó dominar por la tentación de corretear por aquellos bellos lugares sin que nadie la vigilase y con sigilo se apeó del coche.

Al poner pie en tierra, quitóse el sombrero y la capa, cuyas prendas cayeron al suelo, y se fué distanciando del coche, cada vez más entusiasmada de su aventura.

Al llegar junto a un jardín de una casa particular se detuvo para escuchar con embeleso los melodiosos acordes de un violín.

¡Qué bonito era lo que el delicado instrumento tocaba!

Fuése acercando y vió de pronto a un niño, que era el músico, y se sintió irresistiblemente atraída hacia él.

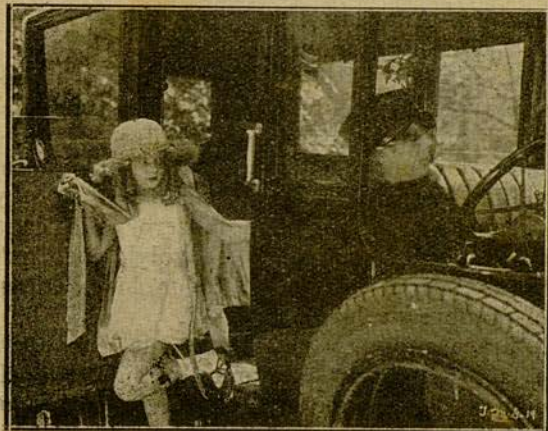
El violinista era Pablito Forrester, descendiente de una familia que tuvo siempre al Arte por su blasón más limpio. Vivía, entre aromas de flores y greguería de pájaros, en aquella casa risueña, cercana a la mansión de los Minton.

Al ver a la niña, Pablito cesó de tocar y la saludó gentilmente, complacido de su

presencia, tan inesperada como agradable.

En seguida fueron buenos amigos, y Azucena, no viendo a nadie en el jardín con el muchacho, le dijo:

—¿Tú estás solo aquí? ¿No tienes tampoco quién te quiera?



... y con sigilo se apeó del coche.

Pablito, sonriente, repuso:

—Hoy, no... Mi papá se ha ido fuera, a pintar cuadros.

Azucena dió un suspiro, y lamentóse, como una personita de juicio:

—Eres más feliz que yo... A mí no me quiere nadie, ni hoy ni ningún día.

—¿Es posible que nadie te quiera, siendo tan bonita?

—Sólo tú me has dicho que soy bonita.

—A mí me gustas mucho... Yo me llamo Pablito Forrester... ¿Y tú?

—Yo, Azucena...

—¡Qué lindo nombre!

Continuaron hablando, como si se hubiesen repentinamente enamorado el uno del otro, mientras Pedro, el chofer, despertado por unos señores que en otro automóvil acertaron a pasar cerca del suyo y se apearon al ver el sombrero y la capa de Azucena en el suelo, se volvía loco gritando por el bosque, a todos los vientos, el nombre de la niña.

Fracasando en su intento de encontrar a la niña, corrió a enterar de su desaparición a los sirvientes, y se avisó a la policía.

Azucena se hallaba tan bien junto a Pablito—que era huérfano, de madre y anhelaba tener una compañerita que lo distrajese en sus ratos de soledad—, que temblaba ante la idea de tener que regresar a su casa; y decidida a no volver más a ella, dijo a su amigo:

—Yo quiero jugar siempre contigo, Pablito...

—Yo también lo quisiera — respondió el niño —, pero ahora es necesario que te marches... Andarán locos buscándote.

—¿No me dejas quedarme aquí contigo? ¡Yo quiero quedarme!

—No, no... Debes ser obediente.

Azucena insistió en quedarse, Pablito le llevó, muy sensatamente, la contraria, y, desesperada, desesperada, sí, tal como sueña, la niña se alejó de su lado, y, sin saber lo que hacía, se adentró en un lago y al hallarse en su centro se puso a agitar, presa de pánico, las manos, pues se ahogaba.

Pablito la vió en tamaño peligro y se arriesgó valerosamente a salvarla, lográndolo gracias a que él era más alto que ella y que el agua, donde ella estaba a punto de dejar su vida, no le cubría a él la boca.

Pablito condujo a la náufraga al interior de la casa, le dió un floreado albornoz y le indicó que se despojara de sus ropas mojadas, en una habitación, y que se cubriese con el albornoz.

Así lo hizo, ilusionada, Azucena, y Pa-

blito tendió en un rincón las finísimas prendas caladas de la niña.

Luego Azucena dijo de nuevo a Pablito:

—Si vienen a buscarme, no dejarás que me lleven, ¿verdad?

Pablito no supo de momento qué contestar. Por un lado comprendía que no estaba bien que Azucena no volviese a su casa, donde se morirían de angustia buscándola por todas partes infructuosamente; pero por otro lado, temía que, negándose a que se quedase allí, la niña cometiese alguna barbaridad, como la de arrojarle al lago.

Fueron pasando las horas. La policía buscaba activamente a Azucena, y como por el bosque no la halló, dirigióse a la mansión de Pablito, pero éste, recibéndola en la puerta, negó haber visto a la niña por quien preguntaba.

Poco después Azucena fué descubierta por la señora Rouker, una vecina que cuidaba de Pablito durante las cortas ausencias de su padre.

—¿Quién es esta niña tan preciosa? —preguntó la vecina, acariciando los bucles de Azucena.

Sin encomendarse a Dios ni al diablo, Pablito respondió:

—Es... mi primita.

Mintiendo de esta suerte, Pablito tenía la seguridad de que la vecina le creería y los dejaría en paz. Y así sucedió.

Entretanto la policía, con el chofer y el padre de Azucena, a quien se avisó lo que ocurría, redoblaba sus pesquisas por el bosque, y halló, al pie de un riachuelo, los zapatos y los calcetines de la niña.

—¿Dónde estará a estas horas esa niña, que, como se ve, ha pasado por aquí? —decía uno de los agentes de policía— Es muy raro. ¿La habrá recogido alguien?

Y, finalmente, vencidos todos en su empeño de dar con el paradero de la niña, se decidió recurrir a la Prensa, para que desde sus columnas diese la noticia de la desaparición de la misma, para cooperar a su hallazgo.

Aquella noche, los dos niños sintieron en sus almas el hechizo del jardín encantado a la luz de la luna.

La niña detúvose de pronto para admirar unas lindas flores, y acercándose Pablito le murmuró:

—Son azúcenas.

—¿Qué casualidad! — exclamó, satisfe-

cha, la nena—. ¡Se llaman como yo!

—Y son bonitas como tú, ¿ves? Yo conozco también una pieza de música que se llama "Azucena"... ¿Quieres que la toque para ti?

—¡Oh, sí, Pablito, sí!...

El niño cogió su violín y arrancó de sus vibrantes cuerdas unas notas sentimentales que hicieron latir el corazoncito de la niña.

¡Qué bien tocaba Pablito! ¡Qué inspirada era aquella romanza que llevaba su nombre!

¿Cómo iba ella a poder marcharse de aquella casa, si en compañía de Pablito se consideraba en la gloria?

*
**

Los dos niños durmieron de un tirón toda la noche, muy juntitos, como dos cándidos enamorados...

Al día siguiente llegó el padre de Pablito, un pintor de cierto renombre, y su extrañeza fué grande al encontrar en su casa a Azucena.

—¿Quién es esa amiguita tuya? ¿De dónde ha salido? — preguntó a Pablito.

El niño le refirió la verdad, y el señor

Forrester quedó asombrado de la audacia de los dos chiquillos.

—Pero ¿qué locura es esa, Azucena? ¿Qué van a decir en tu casa? Tu mamá debe estar enferma del susto, pobrecita...

La niña rompió a llorar, abrazada a Pablito, y éste contestó a su padre:

—Ella quiere quedarse a vivir con nosotros, papá... Nadie la echará de menos si tú aceptas, papá... No hay más que criados en su casa.

—Pero, ¿estáis locos, hijos míos? ¡Esa niña debe volver a su casa inmediatamente!

—¡Déjala, papá, déjala conmigo!... ¡Nos queremos mucho!

El señor Forrester separóse de los niños, que quedaron en el jardín, haciéndole Pablito muñecas de flores a Azucena, y reflexionó sobre lo que debía hacer. ¿A quién avisaría? Sí, a la policía, para que se hiciera cargo de la niña y la devolviese a sus padres; pero casualmente leyó en un periódico el siguiente anuncio que se refería, sin duda, a ella:

"UNA NIÑA DESAPARECIDA"

"Durante un paseo por el campo se pierde la hija del millonario señor Javier Min-

ton. Hasta este momento todas las pesquisas han resultado infructuosas."

Los niños divertíanse en el jardín, y su felicidad llegó a emocionar al señor Forrester; pero de ningún modo podía consentir en la pretensión de Pablito, y llamó al teléfono al padre de ella.

—Yo soy Forrester, señor, el pintor... Vivo en la Villa Azucena y tengo aquí a una niña que dice llamarse Azucena y que supongo es su hija. Puede usted pasar a recogerla.

Javier no pudo disimular su alegría. Fernanda, con su ausencia, había sido causa de lo ocurrido, y ahora él, al recuperar a la niña, no permitiría que volviese a casa de su madre.

—Gracias, señor — contestó—. Será usted recompensado espléndidamente...

—Perdón, señor... No acepto lo que no es mío...

Poco después Javier y la policía se personaban en casa del pintor.

—¿Es usted el señor Forrester?... Yo soy el padre de Azucena... ¿Dónde está la niña? — preguntó apresuradamente Javier.

—Allí está, con mi hijo, señor... Difícil será separarlos, porque se quieren como si fuesen hermanos.

—¡Ah, la diablilla! Ya la arreglaré yo...

—Debe usted reconocer, señor, que si la niña ha preferido a su casa la de unos extraños, es porque en la suya no encontró el cariño que necesita.

—Los niños no saben lo que hacen...

Pero Javier meditaba, sin quererlo, sobre las palabras del pintor, y las encontraba muy justas...

Azucena, como si temiese que fueran a buscarla, decía en aquellos momentos a Pablito:

—¡Qué contenta estoy aquí! Tenía tantas ganas de que me quisieran...

También el niño presentía que se acercaba el momento de la separación, y respondió:

—Azucena... tengo miedo... tengo miedo de que te separen de mi lado...

—¡No, Pablito, no! ¡Yo no me separaré nunca de ti!

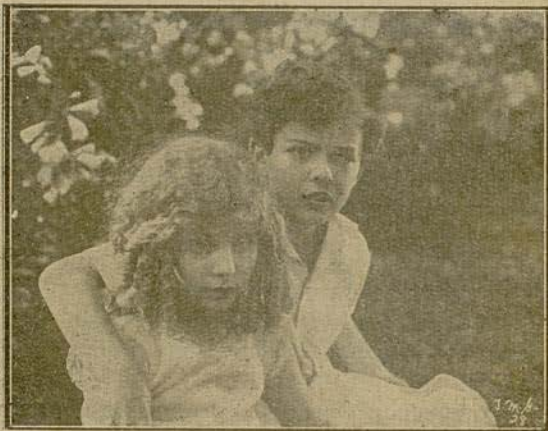
Y se abrazaron, y apretaron nerviosamente el abrazo al ver aparecer en el jardín a Javier acompañado de la policía.

Azucena echó a correr, para escapar a los que no la querían, pero le dieron pronto alcance y la obligaron a obedecer; y al despedirse de Pablito, le gritó:

—¡Pablito, Pablito! ¡Me llevan a la fuer-

za... pero volveré... te prometo que volveré!

El niño rompió a llorar, abrazado a su



—Azucena... tengo miedo...

padre, y cuando estuvo a solas con éste, murmuró:

—¿Tú crees que volverá, papá?

—¡Quién sabe, hijo mío, quién sabe!

**

Javier aprovechó aquella lección que le había dado la vida, y desde entonces su hi-

ja encontró en él verdadero cariño de padre.

Azucena no había vuelto a ver a Pablito, pues Javier viajó durante unos años con ella. Pero por algunos vecinos que frecuentaban desde su regreso la casa de su padre, que era la que en otro tiempo ocupara la madre divorciada, ella se enteró de las aspiraciones de su amiguito y dijo a Javier, cierta mañana, mientras arreglaban un saloncito:

—Papaíto, ¿por qué no le compras al señor Forrester sus cuadros? Así Pablito podría ir a estudiar a Italia, que es con lo que él sueña...

El padre la atajó, sonriente:

—¡Chitón, señorita!... Ese es mi plan... pero mi plan secreto. Si el padre de Pablito conociese nuestras intenciones, no aceptaría el dinero.

—Lo aceptaría, papá, si supiese lo bueno que eres. Pero hágase tu voluntad, y gracias, por él y por mí...

Y el plan generoso del padre de Azucena tuvo un éxito rotundo, y así, Pablito podía, en Italia, realizar su ilusión de recibir lecciones de un gran maestro.

El alumno era tan aprovechado, que el maestro, orgulloso de él, exclamó ante el pintor, cuya emoción no tenía límite:

—¡Un gran porvenir le espera, si se entrega al arte en cuerpo y alma!

Pasó el tiempo.

Pablo Forrester estudió con entusiasmo, con fervor, y ahora, en ese umbral luminoso de la vida que son los veinte años, veía la gloria casi al alcance de su mano.

Durante uno de los ensayos en casa del profesor, éste manifestó al padre, que no se separaba de su ídolo:

—Nos acercamos al final... Muy pronto el mundo podrá escucharle.

Los años transcurridos habían dado a Azucena vigor y belleza, pero no habían borrado de su corazón la imagen del violinista precoz.

Javier, su padre, que adoraba en ella, le preguntó, cierta tarde, sorprendiéndola en meditación en el jardín y con sus ojos fijos hacia la morada, a la sazón abandonada, de los Forrester:

—¿Siempre pensando en el joven del violín, Azucena?

Ella, que no tenía secretos para su buen padre, repuso:

—Papá, mi mayor felicidad sería ir a Italia... verle, aunque fuese de lejos... ¿No me darás esa alegría?

—Pero, hijita...

—Yo no seré un obstáculo a su carrera...

ya sé que se debe ahora a su arte... pero ni siquiera sabría que yo estaba cerca de él... Deseo, por encima de todas las cosas, oírle tocar aquella piezá que lleva mi nombre...

Javier no vivía más que para su hija, y comprendiendo que su felicidad estaba puesta en Pablo, a quien había entregado su corazón desde niña, no vaciló en acceder a su capricho de ir a verle, aunque a distancia, a Italia.

El amor de los dos jóvenes era muy poético, y Javier, a pesar del desengaño sufrido con la mujer que él creyó digna de su amor, sentía toda la dulzura de un cariño tan puro.

—Bueno, nena, bueno... Iremos a Italia.

—¡Oh, papá, bendito seas!

Algunas semanas después, en Venecia, Azucena, en compañía de su padre, "espía-ba" a Pablo, el amor de toda su vida.

¡Qué apuesto, qué distinguido era!

Se hallaba sentado alrededor de un velador en la terraza de un café, rodeado de algunas damas y un caballero. Azucena sintió celos al verle con compañías femeninas.

Javier y su hija se instalaron en otro velador, desde el que se podía ver perfectamente a Pablo y el cual estaba ya ocupado por un militar y un amigo de éste, que co-

noía a aquéllos. Los ojos de Azucena no se apartaban un solo instante de Pablo, sufriendo al ver cómo le miraba la dama que



—¡Oh, papá, bendito seas!

estaba a su lado y que parecía muy interesado por él.

El militar junto al cual se sentó Azucena, dijo a ésta al observar la atención que ella prestaba a Pablo, cuya profesión de ar-

tista era conocida de todos los concurrentes de aquel café:

—¿Le conoce usted, señorita? ¿Y a la dama que le habla? El es violinista, y ella es la condesa de Varese... un Mecenaz del género femenino, protector de los artistas... sobre todo cuando son jóvenes y no del todo feos.

Azucena reprimió a duras penas su pesar. ¿Por qué Pablo hacía caso a aquella mujer?

—¿Quiere usted que se la presente? — prosiguió el militar.

Azucena, bruscamente, declinó tal honor, y como en aquel momento Pablo se despedía de la condesa y sus acompañantes, marchando hacia el canal, para embarcar en una góndola, levantóse y despidióse del militar y del amigo de éste, disponiéndose con su padre a seguir a su enamorado.

El militar y su amigo quedaron sonrientes, comprendiendo el interés que el violinista inspiraba a la gentil Azucena, y ésta, en tanto, con su padre, embarcaba en otra góndola, ordenando al batelero que siguiese a la que ocupaba Pablo, pero a distancia, para no dar lugar a sospechas.

Pablo apeóse al otro lado del canal, al pie de la casa que habitaba, y al lado de la cual había un puesto de flores. Detúvose el

joven y tras un saludo a la florista recibió de manos de ésta un ramo de flores, como si fuese una cosa corriente, convenida para todos los días.

Azucena vió a Pablo comprando flores y



—¿Por qué Pablo hacía caso a aquella mujer?

su corazón dió un brinco en su pecho al comprobar que dichas flores eran azucenas. ¡Oh, qué delicadeza! ¡Las compraba pensando en ella? ¡Sí, sin duda!

Al desembarcar Azucena y su padre, Pablo había desaparecido ya por la escalera de

la casa inmediata al puesto de la florista. La vivienda era modesta, pero a la enamorada le pareció un palacio, porque en ella vivía su amor.

Y quiso la casualidad que un cartelito colocado en la puerta de dicha casa pregonase que había en ella un piso desocupado.

Sin vacilar, Azucena dijo a su padre, mimosa, para ganarlo para su causa:

—Estoy cansada de hoteles, papá... ¿Por qué no alquilamos una de estas casas amuebladas que hay sobre los canales? ¡Oh, mira!... En esta casa, en la misma casa habitada por él, hay un piso por alquilar. ¡Qué suerte, papá!

—No es muy espléndido este lugar, hija mía... Me parece que...

—Podemos ver las habitaciones... y ya decidiremos...

El padre accedió, como siempre, y cuando examinaron las habitaciones por alquilar, Azucena creyó que la Virgen de las enamoradas la protegía, pues el piso desocupado era, precisamente, el fronterizo del de Pablo, a quien ella vió, con el consiguiente júbilo y emoción, desde una ventana.

—¡Oh, papá! — exclamó, sin poder disimular su alegría—. Puedes tomar este piso. Tiene una vista magnífica.

Y, claro, el padre lo alquiló, aviniéndose a vivir sin confort por el placer de hacer dichosa a su hija.

Y para Azucena se deslizaron las horas y los días en muda contemplación, entristeciéndose cuando no veía, desde la ventana, a Pablo, y ensanchándosele el pecho al divisarlo aunque no fuese más que durante breves momentos.

Pablo seguía estudiando. Preparábase para su presentación en público, y en sus momentos de duda, desaliento algunas veces observado por Azucena, sólo el recuerdo de ésta y las palabras de estímulo de su padre lograban devolverle la tranquilidad.

Una de las veces que ella sorprendió a su amado en uno de tales momentos de inquietud, Azucena dijo a su padre:

—Tienes razón, papá... Ahora menos que nunca debo apartarle del camino de su arte... Esperaré.

—Así se ama, hija mía, y estoy muy contento de ti.

—Seguiré, pues, tu consejo, pero antes de regresar a nuestra casa, ¿no habría un medio de decirle que yo no le olvido y que sigo esperándole?

Sonriéndole, su padre le mostró unos papeles y respondió:

—Aquí tengo las localidades para el pri-

mer concierto de Pablo... Esta noche verás triunfar a tu amado... Y tal vez después de



Y para Azucena se deslizaron las horas...

la función podrás mandarle un mensaje discreto...

—¡Pero, papá de mi alma, esto es demasiado!

*
**

Pablo vió al fin realizarse su suprema ambición.

Ejecutó magistralmente varias piezas de música, y escuchó sinceros aplausos.

Su padre, el pintor, lloraba de emoción, estrechando la mano del maestro que había sabido llevarle de un modo tan rotundo al triunfo.

Azucena, perdida entre los numerosos espectadores, no cabía en sí de alegría y estaba dispuesta a todos los sacrificios para no ser una valla en el camino glorioso que su amado emprendía con paso tan firme.

Al finalizar el concierto, de acuerdo con el Programa, el auditorio, unánimemente, pidió una nueva pieza, y entonces, en medio del más religioso silencio, pues todos supusieron que iba a ejecutar algo excepcional como final de su debut, Pablo tocó la romanza "Azucena".

—¡Qué maestría! — pensaban unos, los más.

—¡Qué sentimiento! — opinaba el maestro.

Y Azucena, muda en su sitio, contemplando extática a su amado, que no podía verla, pensaba:

—¡Gracias, Pablo, por quererme tanto! El camarín de Pablo fué llenado de flores, destacándose de todos los ramos, por su volumen, el de la condesa, que fué asimismo la primera en ir a felicitar a su "admirado artista".

Nadie ignoraba lo que pretendía de él tan significada dama, y ninguno dudaba que lo conseguiría, pues era bella e influyente; pero cuando más satisfecha estaba la noble señora conversando con el virtuoso, un empleado trajo a éste un sencillo ramo de flores, entregándosele con estas palabras:

—De parte de una señorita rubia, que parece extranjera.

Al ver aquellas flores, Pablo, inconscientemente, soltó el ramo de la condesa y las acarició, exclamando, exhalando un profundo suspiro:

—¡Azucenas!

La condesa comprendió el sentido que tenían estas palabras, y, despechada por lo que había visto, marchóse del camarín, con sus acompañantes, sin admitir las disculpas que, apesarados, se apresuraban a darle el padre de Pablo y su maestro.

Estos quisieron reprochar al joven su torpeza, pero éste, olvidándolo todo para no pensar en más que en Azucena, dijo a su padre, abrazándole:

—¡Estuvo aquí Ella, papá... me oyó tocar!

Y parecía loco... loco de alegría.

Entretanto, Azucena decía a su padre, que compartía su dicha:

—Ahora que su violín me ha demostrado que se acuerda aún de mí, estoy dispuesta a volver a casa cuando tú lo ordenes.

**

Al volver a Nueva York, Azucena convenció a su padre para que alquilase la casa deshabitada de los Forrester, y, bajo sus cuidados, las flores de su nombre crecieron lozanas otra vez.

Cierto día, su padre se reunió con ella en el jardín de la morada y, haciéndose reñir por hablar en voz alta en aquel lugar, según Azucena, encantado, le comunicó gratas nuevas:

—Tu hermano regresa de Oxford. Este cable me dice que llegará en el "Homer" el 26.

—Buena noticia, en efecto, papá, pues tengo muchos anhelos de abrazar a Fernando.

—Hay más, niña... y, por cierto...

—¿Qué es, papá?

—Lee...

Presintiendo algo muy agradable, Azucena leyó la carta que le alargó su padre. Decía así:

"...El señor Forrester nos avisa que él y su hijo llegarán en el "Homer" el 26 del corriente y desean que su casa esté desalojada para esa fecha."

—¡Al fin, papá!

—Sí... Ha llegado el momento de cesar en nuestro papel de inquilinos, ¿no te parece?

—Claro... Y me alegro... Figúrate... Cuando él vea estas flores... ¡Oh, papá, cómo le espera mi corazón! Pero... mi hermano y los Forrester vienen en el mismo barco... Si Fernando habla con ellos y les dice quién es la inquilina de su casa...

—¿Por qué no le pones un cable previéndole?

—Eso es.

Y Azucena mandó a su hermano el siguiente cable:

"Fernando Minto. -A bordo "Homer".

Contentísima regreso. Haz conocimiento con Forrester y su hijo. No nos menciones. Secreto. Ya te explicaré. Azucena."

Y una clara mañana llegó el "Homer" a Nueva York.

Fernando experimentó una gran alegría al reunirse, después de muchos años de au-

sencia, con su padre y su hermana, y un tanto intrigado por el interés que le demostrara Azucena en el cable, de que no la mencionase para nada a los Forrester, se hizo explicar el misterio; y al enterarse de la realidad, contestó, encantado de la aventura:

—Lo tengo todo preparado para que os veáis de nuevo... El sábado está invitado a hacer una excursión en mi yate.

—¡Bravo, Fernando! ¡Eres un gran hombre! — exclamó Azucena, saltándole al cuello, como una chiquilla.

Por su parte, Pablo, al ver las azucenas tan lozanas y tan abundantes, lo mismo en la plantá como en los búcaros del interior de su casa, afirmó, mirando, interrogante, a su padre:

—¡Estoy seguro de que ha sido Azucena quien ha estado aquí!... ¡Nadie más que ella podría cuidar sus flores con tanto amor!

Llegó el sábado. Fernando invitó a su hermana a ir con él al yate, para ver a Pablo, pero ella negóse a acompañarle, prefiriendo esperar a su amado en su casa, vestida con sus más bellos atavíos.

Pablo, por su lado, rehusó también ir al yate, pues esperaba a Azucena en su casa, y aquel atardecer se produjo el milagro de la atracción de las almas...

Azucena prometió en su infancia volver al lado de Pablo, y lo hizo, y cuando divisó a Pablo llegaron hasta ella las melodiosas notas de la romanza "Azucena".



¿Vendría, como se lo prometiera?

Acercóse ella lentamente, y al terminar la romanza Pablo la vió y dió un grito de júbilo:

—¡Azucena!

—¡Sí, Pablo, soy yo!

Abrazáronse con frenesí y sus labios supieron, por vez primera, de las dulzuras del verdadero amor, del amor que sabe esperar.

FIN

Próximo número extraordinario: La magnífica
producción

HERMANOS DE ARMAS

por William Boyd, Louis Wolheim y Mary Astor

Postal regalo: LIL DAGOVER

Al éxito de **EL CAPITÁN SORRELL** en las
SELECTAS EDICIONES ESPECIALES de
LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA
seguirá, esta semana, el de

El Jardín del Edén

Finísima novela, de exquisito argumento,
interpretada en la pantalla por

**Corinne Griffith, Charles Ray,
Louise Dresser, Lowell Sherman,
Louis Wolheim, etc.**

Es, también, una joya de **LOS ARTISTAS ASOCIADOS**
Presentación insuperable
32 fotografías en papel couché
Narración de Francisco-Marío BISTAGNE

EXCLUSIVA DE VENTA

Sociedad General Española de Librería

Barbará, 16 BARCELONA

Ferraz, 21 y Caños, 1 duplicado - MADRID